

LIBROS

«La calle de las camelias»

«La calle de las camelias», de Mercé Rodoreda, ha sido Premio Ramón Llull 1969. Editorial Planeta, que lo concede, publica ahora la novela de la escritora exiliada en Ginebra. Se debe la versión castellana —la obra original está escrita en catalán— al poeta José Batlló. Una espléndida versión.

He aquí una novela académica, una obra puramente narrativa, una historia en la que pasan muchas cosas, un relato esencialmente conservador en la forma y con un contenido más sentimental que crítico, ideológico o ensayístico. En la organización de la cultura, tal como se da en Barcelona, caben perfectamente las producciones más extremas en lo formal o lo material: Terenci Moix y Candel, Vázquez Montalbán y la Rodoreda, «los novísimos» y la generación del realismo nostálgico. Esta capacidad de digestión nos parece admirable. Los mismos críticos dedican idénticos adjetivos a un Premio Nadal que a un Biblioteca Breve, y cabe pensar que la audiencia es la misma para ambos. En el resto del país, los mecanismos de asimilación funcionan de otro modo: se selecciona, se separa y no hay puentes, no hay factores de unificación, no hay, en suma, Literatura con mayúscula. No es un juicio de valor, ni mucho menos; es la constatación de un hecho.

Hemos escrito que «La calle de las camelias» responde a una fórmula académica. En efecto, no representa ninguna revolución formal —en el momento en que hay tantas revoluciones literarias de moda—; consiste en una narración contada en primera persona, que presenta, por algunos de sus personajes —el principal, sobre todo—, por la tonalidad social del cuadro en que se desenvuelve y por el acento con que está relatada, ciertas semejanzas con una de las novelas de Maxence van der Meersch, concretamente, con «El pecado del mundo». Y como advertimos una clara analogía entre ambas, debemos establecer las diferencias esenciales que les confieren una entidad propia. No hay en «La calle de las camelias» el romántico desgarrado de «El pecado del mundo» y si hay, sin embargo, una distancia

entre el narrador y lo narrado, un doble plano irónico al alcance del lector con suficiente sensibilidad literaria para captar este difícil juego. Hay, en definitiva, una mayor sabiduría en punto a la experiencia de la vida en la Rodoreda que en el escritor belga. Escoger como materia novelesca al «lumpen» y su mundo comporta un considerable riesgo, desafiado por la Rodoreda con el arma de un fino y personalísimo humor. De este modo elude la caída en un social-realismo seco y desangelado; no se sirve de esquemas, sino de una dialéctica muy sutil e inteligente.

Gran talento de narradora y de constructora de novelas el de la Rodoreda. Hay pruebas en «La calle de las camelias» de su sensibilidad y su rigor. José Luis J. Frontin decía hace muy poco que, por lo menos, estamos ante una novela. Esto, que no es poco, queremos repetirlo aquí. Su importancia radica en que supone una vuelta a las fórmulas más consolidadas, un escepticismo en punto a las aventuras estéticas de moda, un regreso a la tierra firme del relato que puede permitir el respaldo a nuevos saltos formales menos aventurados y más positivos. ■ EDUARDO G. RICO.

C. J. C.: Vivir de las rentas

Mucho ha llovido y escampado desde que, en 1942, un escritor desconocido llamado Camilo José Cela publicara —sin estar respaldado por ningún premio literario— una novela titulada «La familia de Pascual Duarte». Las sanguinolentas peripecias de Pascual Duarte sorprendieron a muchos, revolviéron más de un estómago y sirvieron, con toda justicia, para hacer famoso a su autor. Otros libros posteriores —«Pabellón de reposo», «La colmena», «Nuevas andanzas y desventuras del Lazarillo de Tormes»...— ratiñaron la indiscutible capacidad narrativa de Camilo José Cela. Pero las cosas fueron poco a poco cambiando: Camilo José Cela, descubridor afortunado de una infalible fórmula literaria —equilibrada aleación de humor, ternura, horror, desenfado verbal, sintaxis reiterativa y virtuoso manejo del léxico escatológico—, comenzó a publicar todo

Ungaretti

La voz que liberó de D'Annunzio a la poesía italiana



Después de los poetas en lengua alemana, Nelly Sachs y Paul Celan, y poco antes del español Josep Carner (véase el anterior número de TRIUNFO), falleció en Milán, el 3 de junio exactamente, el gran poeta italiano, iniciador de la llamada escuela «hermética», Giuseppe Ungaretti.

Nació Ungaretti en Alejandría (Egipto), en el seno de una familia de la alta burguesía italiana. En 1912 fue a París para seguir los cursos de Bergson en el Colegio de Francia. En la capital del Sena, Ungaretti conoció a Apollinaire, Gide, Papini (gran mentor suyo), Braque, Picasso, Palazzeschi, entre otros. Al estallar la Primera Guerra Mundial, se alistó como voluntario y fue enviado a los frentes italiano y francés. De esta época de su vida data su primer y decisivo libro de versos, «Il porto sepolto», libro hondamente influido por los acontecimientos que le tocó vivir y que revolucionaría la poesía italiana.

Terminada la contienda, Ungaretti vivió en Roma hasta 1936, fecha en que se trasladó a Sao Paulo (Brasil) para enseñar literatura italiana en la Universidad. Años después, el poeta volvió a Roma, donde continuó sus actividades docentes hasta su jubilación.

La obra de Ungaretti («Il porto sepolto» ya citado, «Allegria di Naufraghi», «Sentimiento del Tiempo», «Il Dolore», «La Terra Promessa», etcétera) ejerció una influencia fundamental en todos los poetas italianos contemporáneos suyos, incluidos los dos grandes, Quasimodo (Nobel 59) y Montale.

Como muestra del estilo descarnado, antirretórico, libre de rimas y de puntuación, así como de la poética visión del hombre como ser cósmico (en la tradición de Leopardi) de ese gran ciudadano del mundo que fue Ungaretti, véase el siguiente texto, uno de los más famosos del autor fallecido.

LOS RIOS

Me agarro a este árbol mutilado
abandonado en esta hoja
lánguida
como un circo
antes o después del espectáculo
y miro
el pasar tranquilo
de las nubes sobre la luna
Esta mañana me desesperé
en una urna de agua
e igual que una reliquia
descansé

*El Isonzo alegre
me alisaba
como a uno de sus guijarros*

*Recogí
mis cuatro huesos
y me fui
como un acróbata
del agua*

*Luego me acurrugué
junto a mi ropa
sucia así de la guerra
e igual que un beduino
me incliné
para recibir
al sol*

*Este es el Isonzo
el que me ha ayudado
a reconocirme
dócil fibra
del universo*

*Mi supleto
viene cuando
no me creo
en armonía*

*Pero esas ocultas
manos
que me acarician
me regalan
la rara
felicidad*

*Repasé
las épocas
de mi vida*

*Estos son mis rios
Este es el Serchio
al cual pertenecen
casi dos mil años
de gente de mi pueblo
mi padre y mi madre*

*Este es el Nilo
que me vio
nacer y crecer
y arder de ignorancia
en las extensas llanuras*

*Este es el Sena
en cuyos torbellinos
di vueltas y más vueltas
hasta reconocirme*

*Estos son mis rios
resumidos en el Isonzo*

*Esta es mi nostalgia
que en todos ellos
se transparenta
ahora que es de noche
y mi vida es como
una corola
de tinieblas*

(Del volumen «L'Allegria», edit. Mondadori)

JOAQUIN RABAGO